

UNA OFERTA DE LIBERTAD, CONOCIMIENTO Y AMOR

Mariano CorvÍ

El camino de la Religión es el camino de la libertad

Dicen los maestros religiosos que la gran sumisión, la cárcel radical humana es la tendencia de los hombres a convertirse en centro y punto de referencia de todo ver, sentir, comprender y valorar.

Los vivientes somos seres necesitados. Vemos, sentimos, interpretamos y valoramos desde nuestra necesidad. Lo vemos y vivimos todo en función de nuestra dualidad radical:

-el viviente y sus necesidades

-y el campo donde se pueden satisfacer esas necesidades.

Y el padre de todo ese mecanismo dualizador y constructor es la necesidad.

Ese es el pecado original. Esa es la sumisión radical. Ese es el gran obstáculo para el conocimiento de lo que "ahí viene".

Así se comprende la profundidad de las afirmaciones hindúes y budistas cuando dicen que nuestro mundo, el que nos construimos y vivimos, es una ilusión, es un escenario mágico fruto de nuestra ignorancia, es una pantalla que intermedia entre la realidad del cosmos y nuestra conciencia. El eje de la rueda del mundo, el eje desde el que todo se construye y en torno al cual todo gira, es la necesidad, el deseo.

Así es que siendo como somos seres perceptores, -seres capaces de conocer y sentir desde la punta de nuestra mente hasta lo más íntimo de nuestra carne y de nuestros niveles oscuros-, tenemos todo ese conocimiento sometido a nuestra necesidad. Ese es nuestro radical enclaustramiento, nuestra sumisión.

Lo que ofrecen las religiones es sólo -y nada menos- que la posibilidad de salir de ahí, de liberar a nuestras capacidades de conocer, -la mente, la sensibilidad, el corazón, los sentidos y la carne toda- de la sumisión de tenerlo que comprender todo desde la necesidad, desde el sujeto como estructura de carencias, de deseos.

Por consiguiente, en realidad no hay ningún camino que andar, no hay que ir de aquí hasta allá porque sólo nos queda que hacer el "intento" de romper la burbuja, tenue y poderosa, de la construcción que hacemos de la realidad y de nosotros mismos. No hay que ir a ninguna parte, sólo hay que librarse del constructor.

El sabio es un hombre que se mueve libremente entre dos niveles: el del mundo de la necesidad y el de la gratuidad: el nivel que mi necesidad, como centro y eje, construye y el otro que ni tiene centro de referencia ni eje.

El sabio se libera del mundo egocentrado porque sabe, siente y ve que es una construcción, que no es lo que hay; comprende que todo puede construirse así o de otro modo, porque las necesidades humanas pueden satisfacerse de innumerables maneras. Sabe que el mundo

verdadero no es un campo de caza y que el sujeto no es sólo un cazador, es también un testigo gratuito, maravillado y conmovido.

Esa otra dimensión no interesada de la realidad es el otro mundo. Ese otro mundo, que es esto mismo de aquí, puede ser sólo una tenue niebla que acompaña a nuestra vida cotidiana o puede tener una consistencia tal que se convierta en certeza incommovible y en visión.

Somos burbujas del océano de la vida. La pared de la burbuja que nos enclaustra y que nos crea la ilusión de ser consistentes y alguien o algo distinto del océano es la interpretación que hacemos de todo lo que nos rodea en función nuestra necesidad. Tanto nuestro mundo como nuestros sistemas de representación, interpretación y valoración tienen esa estructura esencial: la estructura de una ilusión.

La estrategia de la religión, como la del arte de la poesía, consiste en usar representaciones y figuras como arietes para perforar con ellas la pared de la burbuja que nos enclaustra. No es posible servirse correctamente de esas representaciones y figuras, si uno se somete a ellas, si no aprende a liberarse de ellas. Uno las usa como pretendieron los poetas y los maestros religiosos, cuando las ve reducirse a nada, cuando se le vacían de contenido en las manos.

Toda estructura sagrada, toda verdad de fe, toda doctrina tiene ese carácter y debe ser usada de esa forma. Quien aprenda a ser un hombre religioso sometiéndose a formulaciones, está más encarcelado que si no tuviera religión, porque su cárcel tiene muro y antemuro. Su cárcel es una cárcel de derecho divino.

Ninguna palabra ni símbolo conducen fuera por su propia fuerza, si no son usadas explícitamente como ariete y son dejadas atrás.

El proceso religioso es un proceso de transformación sin fin. Lo que en él se transforma son las capacidades de conocer y valorar; y quien consigue transformar sus facultades de percepción y de conocimiento, transforma la realidad.

Para conseguir una continua transformación de los perceptores, la mente y el corazón, hay que liberarse de toda creencia, sea del tipo que sea, laica o religiosa porque la función de las creencias es fijar.

Todas las creencias que nos estructuran y someten deben quedar atrás. Cada formulación y cada creencia, como los peldaños de una escalera, debe ser sólo un medio para subir un paso más allá. El camino religioso es como subir una escalera; y cuando se sube una escalera ningún peldaño debe sujetar el pie. Subir es dejar atrás los peldaños.

Caminar interiormente es liberarse de todo tipo de creencias porque es sutilizarse. Quien se hace capaz de comprender y sentir la realidad sin tener que estar sometido, como todos los vivientes, a una forma concreta y fijada de percibir la realidad y el valor, se hace sutil, (se hace espíritu, dice la simbología clásica), porque se hace capaz de reconocer en formas lo que no se ata a ninguna forma.

Quien se hace libre de sumisión a formas se hace capaz de comprender la verdad y el valor como quiera que se presente. Así se acerca a la verdad universal que es universal porque se da en toda forma; y acercarse a la verdad universal es acercarse a la plena libertad.

Las verdaderas ortodoxias -enseñanzas correctas- enseñan la libertad de toda sumisión y de toda creencia. Las ortodoxias entendidas como perfecta sumisión a una verdad y valoración fijada, no son ortodoxas, no son enseñanzas correctas.

Estos son los rasgos del camino interior: el proceso interior es una transformación; la transformación es un crecimiento continuo en la liberación de la sumisión a creencias; la liberación de sumisión a creencias es sutalización. Sutalizarse es aprender a percibir realidad y valor en toda forma sin sujetarse a ninguna, en toda concreción, sin quedar fijado en ninguna.

En las nuevas condiciones culturales, sólo es lícito hablar de religión en la más completa libertad. La nueva regla es: hablar, sentir, actuar y organizarse con plena libertad.

En las sociedades preindustriales los motivos para la sumisión en el hablar y sentir de las cuestiones religiosas no radicaban en la religión sino en las condiciones culturales. La religión entendida como proceso interior hacia la máxima profundidad de la vida humana es una indagación y una creación extremadamente individualizada que requiere de toda la iniciativa y de toda la creatividad posible y, por tanto, exige la máxima libertad. Las nuevas condiciones culturales exigen, también, la máxima libertad, iniciativa y creatividad. Por tanto, no hay razón ninguna para no hablar con toda libertad y sin reservas de las cuestiones religiosas.

Podemos concluir, por tanto, que, en las nuevas condiciones culturales, sólo es legítimo hablar de religión si se hace con plena libertad y responsabilidad, sin sumisiones de ningún tipo.

Toda especie de sumisión desvaloriza y desacredita definitivamente lo que se diga en cuestiones religiosas, como la sumisión desacredita lo que se pueda decir en ciencia o en arte.

Sólo la calidad es criterio; la calidad y la responsabilidad. Cuando la calidad y la responsabilidad se convierten en criterio, la sumisión, el control y la vigilancia externa quedan deslegitimadas.

Desde cualquier lugar se puede perforar nuestro encierro para ver la luz del otro lado. Dice Huei-Neng que ni la Ley ni ningún sistema fijado de normas tiene ninguna utilidad imprescindible, porque lo que nuestra mente ha de alcanzar puede hacerlo por la derecha o por la izquierda. Por esa razón, insistía el maestro zen, y esto es doctrina de toda la escuela, cuando un hombre os haga una pregunta, le responderéis siempre lo contrario, de manera que se creen siempre un par de opuestos.

Aplicando este principio en la situación de nuestra cultura, cuando alguien os diga que hay Dios, decirle que no lo hay, y cuando alguien os diga que no hay Dios, decirle que lo hay; cuando alguien os hable de "otro mundo" decirle que no hay más que éste, que esto es todo lo que hay; cuando alguien os diga que sólo hay esto que tocamos, decirle que hay mucho más, infinitamente más. No hay un camino que sea unas formulaciones, unas creencias y unas normas. El camino son sólo las personas. Cada persona que atina a andar es el camino. El que atina a perforar la burbuja es la luz; el que anda es el camino y la verdad; el que se adentra en la gratuidad es la vida. Por eso, la regla es transmitir el mensaje de espíritu a espíritu, de persona a persona.

No hay pasos específicos que dar, hay sólo el poder que cada persona acumula para saber el paso siguiente. En el camino religioso como en el arte, no hay pasos prescritos e infalibles para llegar a hacer poesía o música de calidad, sólo hay la progresiva acumulación de capacidad de percepción,

de refinamiento, de profundización de la capacidad de ver. Así, cada logro, cada paso que se da, decide, posibilita y diseña el paso siguiente.

El camino no es nada prefijado de una vez para siempre; el camino es una indagación continua y siempre por hacer por primera vez, una aventura de novedad completa a todo lo largo del sendero que hay que recorrer y en cada uno de los pasos. El camino religioso es el camino de la libertad, y esa libertad de todo lo que nos enclaustra y somete es la verdad; eso es la verdad. El camino religioso libre conduce al conocimiento. La Religión es el ámbito de lo que está más allá de la necesidad y, por tanto, de lo sutil; ese es el ámbito de la libertad. La total sutilidad es el completo vacío de la necesidad y el lugar de la libertad total, la libertad sin límites. Dicen los viejos maestros que nuestra naturaleza propia es nuestra condición de testigos desde el silencio de las necesidades. Por eso dicen los viejos maestros que somos sin límites, como el espacio infinito.

Nuestra capacidad de interés por sentir y conocer no tiene límites porque nuestra libertad de las formas no tiene límites. Constitutivamente, como vivientes ya somos seres libres de toda forma fijada porque podemos construirnos nuestras formas y nuestros propios proyectos. Una vez los hemos construido podemos o bien someternos a los proyectos que nosotros mismos hemos construido, pensando y diciendo que vienen del cielo, o podemos usarlos para vivir, simplemente, sin someternos a ellos. Aunque somos constitutivamente libres, porque somos unos vivientes 62 culturales que nos construimos el propio mundo y el propio destino, tendemos a someternos a aquellas de nuestras construcciones que nos aseguran la vida. La religión nos invita a recuperar y vivir intensamente nuestra libertad constitutiva. Nos invita a entrar por esa puerta abierta para acceder a la realidad que hay más allá de todas las construcciones de nuestra necesidad.

Puesto que la religión nos invita a caminar por los campos de realidad que no moldea nuestra necesidad, nos invita a la libertad de toda sumisión, porque sólo la necesidad somete. La religión es, por ello, una invitación a la libertad sin límites. El hombre religioso es el que no se somete a nada, porque la sutilidad, el espíritu, el vacío no somete. Puesto que no se somete a nada, no tiene nada que ver con el poder. El poder pertenece al orden de los que someten y son sometidos. El hombre religioso se sale de ese juego. Para él, hombre de la sutilidad, hombre del espíritu, ya no hay ni someter ni ser sometido. Cuando, en el pasado, se conjuntaba la religión con lo que programaba a las colectividades, se hacía de la religión el gran instrumento de la sumisión. Entonces, el hombre religioso era el más perfectamente sometido. Quien se somete a unas creencias y a las jerarquías que controlan esas creencias, se bloquea él mismo el paso. Quienes ejercen la autoridad son ellos mismos unos sometidos.

Hacer el camino religioso es hacer un camino interior que consiste en buscar en uno mismo la abertura de la libertad para colarse por ella y la abertura de la libertad es la puerta del conocimiento. La libertad-puerta del conocimiento no es la libertad de hacer esto o aquello, sino la libertad que conduce a reconocer la realidad, el ser y el valor sin que, para hacerlo, tenga uno que estar sometido a ésta forma u aquélla. La libertad es la gran oferta de las religiones, porque ofrecer la libertad sin límites es ofrecer el conocimiento completo. Ese es el único mensaje de las tradiciones religiosas. Ninguna religión puede dar otro mensaje que ese. Ese es el gran mensaje; esa la buena nueva de mil caras. Donde no hay libertad no hay espíritu.

Donde no hay libertad no está la Gran Dimensión, Dios. Esa suprema libertad sin límites, -que es el completo vacío de todas mis construcciones, que es conocimiento y es espíritu-, es el Gran Don;

pero ese Don no es una simple dádiva. Uno recibe la oportunidad de tener una oportunidad. Con esa oportunidad debe crear su libertad indagando. Cuando su indagación le vacía de sumisiones puede, por fin, recibir el Gran Don que es el Conocimiento. La libertad es una forma de conocimiento, el supremo conocimiento. El conocimiento libre de sumisión es un reconocimiento. El reconocimiento es interés, amor, respeto. Ahí se unen libertad, conocimiento y amor. Quien consigue la libertad, consigue el conocimiento. Y a la inversa, quien recibe el Gran Conocimiento, el que se consigue desde el silencio de la necesidad, recibe la libertad porque quien llega a conocer desde el silencio accede a lo que no construimos, a lo que es esencialmente libre de toda construcción. Quien conoce así, sabe la irrealidad de todas nuestras construcciones y se libera de toda sumisión. Quienes son libres de todo, son señores de todo. Pero no tiene interés en dominar nada. El que es plenamente libre no señoorea nada.

Vivir de creencias es vivir de representaciones, de imágenes, fantasmas, nada. Cuando no se vive de realidades sino de representaciones, se vive de ausencias, se vive de nada. Quien vive de creencias actúa como si conociera y sintiera, pero ni percibe, ni siente, ni conoce. ¿Cómo podría hacerlo si se mueve entre ausencias? Las imágenes, los fantasmas, no conmueven la carne en profundidad y así no pueden despertar el auténtico interés, el amor y, menos, la ternura. Las formas, las imágenes sólo pueden someter a la carne. Cuando la someten paralizan su capacidad de vibrar, conmoverse y amar. Por eso los hombres que viven de puras creencias son inmisericordes. Los sometidos sólo saben someter, no amar. El gran error en el camino es someterse a formas. Quien se somete a formas, pierde su iniciativa, su creatividad, su espíritu de indagación. Tiene que perder todo eso para no correr el riesgo sobrepasar las formas y así quebrantar el sometimiento. Quien se somete a formas tiene, por fuerza, que satisfacerse con las formas porque, de lo contrario, podría liberarse de ellas y trascenderlas. Ese tipo de proceso genera hipocresía. Este es criterio del verdadero camino religioso: es verdadero el camino que libera de formas, el que quebranta toda sumisión. Quien conoce desde el silencio se libera de mitos, símbolos, doctrinas, creencias, aunque las use; se libera de todas las formas, aunque las use, porque se da cuenta de la irrealidad y la ilusión de todas nuestras concepciones. Quien conoce desde el silencio sabe del desatino de todas nuestras construcciones, sobre todo de todas aquellas que pretenden hablar de la Gran Dimensión.

Todos los mitos, símbolos, doctrinas, creencias y conceptos religiosos son venerables y deben ser tratados con un respeto sagrado, pero son instrumentos que han de ser usados libremente; son instrumentos que se utilizan, sin someterse a ellos. Son como bastón de ciego que uno usa para tocar con él las realidades presentes pero que nuestros ojos no ven. Todas las construcciones humanas apenas dan más conocimiento de la Gran Dimensión, de Dios, que el bastón de un ciego de las realidades con las que se topa. Hay que someterse tan poco a las nociones sagradas, a las doctrinas y creencias que usamos, como se sometería un ciego, se somete al bastón con el que se auxilia en el camino para conocer la realidad que le rodea. Hay que acoger y recibir la tradición; pero no hay que someterse a ella. Quien, porque se dice fiel a la tradición, excluye, reprime o no es conducido a la radical novedad, nada recibe y nada transmite. Los hombres que, siguiendo a la tradición, se someten a la tradición, están muertos; los muertos les mataron. Lo que no crea libertad, no es el camino. El camino del silencio, que es el camino a la Gran Dimensión va de desbloqueo en desbloqueo, de liberación en liberación, de novedad en novedad. Cuando los mitos, símbolos, creencias y doctrinas no someten, dinamizan el espíritu, lo hacen sutil, fluido y

libre como el viento. Cuando la religión se hace creencia se convierte en fuente de poder y de control. Desde ella se legitima el control del pensamiento, del sentir, de la actuación, de los fines y valores sociales, de los modos de vida colectivos. La legitimación del control legitima la violencia. La legitimación de la violencia es perversa, aunque no se pueda llegar a ejercer. Un poder así no tiene moral. Ni Dios controla un poder así. Cuando la religión es creencias, Dios mismo es una forma manejable. Quienes controlan las creencias controlan a Dios y, con El, las dimensiones de las tradiciones sagradas que podrían hacer saltar todos los cerrojos. Quienes convierten a la religión en un sistema de control, arrebatan a los hombres la libertad y la creatividad. La auténtica Religión es el aprendizaje de la libertad.

Son maestros religiosos no los que piden sumisión y dominan, sino los que liberan; no los que piden y toman, sino los que dan; no los que se hacen señores y son servidos, sino los que sirven. Lo que guía y conduce y no domina, ni somete, ni controla, ni destruye sino que libera. Ese es el poder máximo; ese es el poder fuerte porque es el más suave. La Religión ha de excluir todo dominio, en ella la única relación legítima es el amor y el servicio. El camino religioso es un camino de novedad radical 64 Cuando uno empieza a conseguir perforar la burbuja con la que la necesidad nos encierra y a caminar por el silencio, no es como si abriera una puerta y se encontrara de golpe con un inmenso vacío o con el paraíso. Empezar a percibir, sentir y comprender más allá del deseo y de la necesidad es empezar a tantear y comprender, con formas, lo que está más allá de la rigurosa fijación de las formas de la necesidad. Se intenta decir, ver y sentir con una forma nueva la libertad que se consiguió. Uno se libera de la fijeza de una forma de ser y valor atinando a dar con otra forma de ser y valor más sutil, más gratuita, más abarcadora.

Cada nuevo tanteo, cada nueva concreción que se concibe es más sutil porque con ella se está más libre de la sumisión a las maneras de sentir el ser y el valor anterior. Cada nuevo paso es un mayor grado de libertad y comprensión de lo anterior y un grado menor de sumisión a la forma que se abandona y a la misma forma con que se concibe y con la que se adquiere la nueva libertad. A medida que se camina por el silencio se va haciendo uno más libre de formas y precisa tantear, comprender y decir de maneras más contrapuestas e incluso contradictorias lo que va descubriendo. Así expresa la libertad de su comprensión. El proceso en el conocimiento es una eterización a la que le acompaña una libertad cada vez mayor y un crecimiento del peso de la certeza; una certeza cada vez más masiva y cada vez más inasible. El camino es siempre un camino de creación de formas libre porque es una continua exploración e indagación y porque lo que se explora e indaga es este nuestro mundo, que es un mundo de vivientes, de formas. Las tradiciones religiosas nos ofrecen el resultado de las indagaciones de los maestros que nos precedieron para que las utilicemos libremente para investigar y recrear por nosotros mismos, el camino. En el pasado, cuando las religiones funcionaban como programas de la colectividad, aparecían como algo a lo que uno tenía que someterse. Desde esa perspectiva no resultaba fácil, y con frecuencia ni siquiera posible, andar los caminos del silencio usando las formas de la tradición, no para someterse a ellas sino para indagar y tantear libremente con ellas, para tomarlas y dejarlas cuando el estado del propio proceso lo aconsejase.

Acceder al silencio no es moverse en el vacío, es ir más allá de las formas. Ir más allá de las formas es hacerse libre con respecto a ellas porque se ha atinado a ir a dar a una nueva dimensión de lo que es y vale, que no se sujeta a las formas que nos sometían. Liberarse de las formas es ser capaz y tener que asumir formas cada vez más contrapuestas y contradictorias. Y se puede y se tiene que

hacer eso cuando se ha verificado un nivel en el que las formas contrapuestas confluyen. En todo el proceso, por más avanzado que se esté en él, la actitud indagadora, creadora e intensamente activa, no cesa. La indagación, sin embargo, parece cada vez más connatural, más pacífica y más fácil porque es cada vez más sutil, más tranquila y más cierta. Nada hay más nuevo que lo que se aleja de los patrones de nuestra necesidad, porque la necesidad sólo repite. Cada paso es una ruptura de nivel, cada ruptura de nivel es una novedad radical.

Estos serían los rasgos del camino del silencio: es un camino de creación continua; que comporta crecimiento en el conocimiento y en el sentir de la realidad; ese crecimiento en el conocer y sentir es, a la vez, crecimiento en la libertad respecto a toda sumisión y a toda forma; el continuo crecimiento en el conocimiento y en la libertad es un camino de utilización, de espiritualización; en ese camino se marcha de novedad en novedad. El silencio es novedad, sólo la necesidad ama lo que ya conoce. El camino del silencio es una buena nueva que es novedad sin fin. La novedad es radical, impredecible en cada uno de sus pasos; por eso va siempre ligada al escándalo de los que están sometidos a formas fijadas. 65 El camino del silencio es un camino de conocer y sentir siempre inédito, fresco, imprevisto, impredecible, que siempre desconcierta y descoloca. Sólo son bienaventurados y pueden hacer ese camino los que no se escandalizan ni se aterrorizan frente a la continua novedad y frente a la libertad sin límites.

El camino de continua novedad no puede ser andado dos veces; ya no sería un camino de novedad; ya no sería un auténtico camino religioso. Nadie puede repetir el camino de otro, como nadie puede ser verdaderamente poeta y someterse y repetir la poesía de otro; cada uno debe crear su camino, andarlo por primera vez y encontrarse con lo que nunca antes vio ni comprendió nadie. Cada uno de los que andan ese camino es libre de una forma nueva. Y ese camino, -siempre nuevo e inédito, no sólo para cada cultura sino para cada hombre, es siempre el viejo y venerable camino que recorrieron todos los sabios de todos los tiempos. Sólo quien es capaz de arriesgarse y gustar la novedad última del camino, sabe de su venerable vejez. Sólo quien se hace capaz de ver lo que nunca se ha visto, se escapa del tedio de ver siempre lo que ya se ha visto, y comprende, desde su radical novedad, lo que los viejos maestros de todos los tiempos vieron. Cuando la religión se concibe como programa colectivo y sumisión, la guía del camino es la fidelidad y el buen comportamiento conforme a las normas; el sometimiento, en suma.

Cuando la religión es un camino de creación continua, un camino de libertad y verdad impredecible, lo que se va consiguiendo percibir, sentir y comprender en cada paso, eso lo que guía. De forma semejante a como lo que guía al artista es lo que consigue con sus obras. Sólo en el seno de la propia responsabilidad, el propio esfuerzo y la propia creación libre, aflora la gracia y la guía. Y cuando aflora, uno comprende con claridad que es correcto afirmar que hay poderes que guían los espíritus de los hombres; pero sabe, también, que eso sólo ocurre cuando el hombre se adentra por la aventura desconcertante de construirse por sí mismo, paso a paso, el camino por el que transitará por los campos del silencio. Sólo la libertad es el camino del amor. Quien no es capaz de mirar todo lo que le rodea más que por el interés por su propia vida, no es capaz de amor, porque cuando dice que ama se ama, en verdad, sólo a sí mismo. Quien no se libra de sus necesidades para mirar las cosas e interesarse por ellas, no puede ni sabe amar. Y sin volcarse total y desinteresadamente por todo lo que hay, no se da el conocimiento. Sin libertad no es posible el amor. Así, pues, la libertad, el amor y el conocimiento caminan a la par. La oferta religiosa no transmite doctrinas, creencias o modos de vida; la oferta religiosa sólo invita a hacerse

a sí mismo completamente libre, para así poder ser incondicionalmente benévolo y sabio. El camino no es nunca una oferta formulable, el camino es siempre una persona como intento y como logro. La oferta es la oferta de una persona, y el camino es siempre una persona. La oferta es una oferta de amor, sin resguardos, desde la máxima vulnerabilidad.

Quien ofrece, ofrece verdaderamente y es camino, si no espera nada de nadie, si no espera conseguir nada con su ofrecimiento y con su riesgo. Lo que cuenta en el camino no es el esfuerzo, la fuerza de voluntad, la renuncia, el sometimiento a normas; lo que cuenta es el interés incondicional por todo, la ternura, la compasión. Quien no acoge las realidades tal cual son, quien no las ama y se goza con ellas, no puede ver el amor, la subjetividad y el espíritu que las habita. Quien sale de sí para ir, sin exigencias, con interés y con ternura a todo lo que aquí hay, no vuelve a la cárcel. El que actúa con doblez sale hacia fuera para volver cargado a casa.

El que actúa con simplicidad sale de casa para no volver; esa simplicidad de intención le hace frágil, pero esa fragilidad le edifica en la gratuidad, en el amor y en el conocimiento. Sólo quien siente compasión y ternura es sabio. Pero nadie puede sentir así si no es completamente libre. Nadie puede tener compasión por todo, si le quedan residuos de egoísmo. Quien se compadece de todos y de todo, sin residuos, lo conoce todo. Donde todo es benevolencia, no queda ningún velo. Si todo no es luz, acuerdo, paz y alegría, algo vela y el velo es falta de interés y de amor. La falta de interés denota que algo tiene presa mi mirada. Este es el camino: hacerse libre para convertirse en pura solicitud y ternura con todo para conocerlo todo.

Y este es el Reino de Dios, conocer y ver la solicitud y la ternura en todo. Esta es la encrucijada del camino que discrimina: el interés sin condiciones, el amor, la benevolencia sin exigencias, la ternura. Quien luchó por la libertad, pudo adquirir esas cosas y entrar en el Reino de Dios. Hay una perspectiva que enjuicia el comportamiento según la sumisión a las normas sociales y religiosas. Esa no es la moralidad que interesa. Esa moralidad no sirve para nada en el camino religioso. La moralidad que importa en el camino religioso es la que orienta estratégicamente el comportamiento para adquirir con él la libertad, el amor y el conocimiento. El comportamiento correcto no es el obediente sino el que busca, tantea libremente, el que es creativo a fin de conseguir el conocimiento. El primer planteo de la moralidad es dual; el bien y el mal se mantienen en su dualidad hasta en el otro mundo. El segundo planteo de la moralidad, el propiamente religioso, opone el bien al mal, pero su naturaleza no es dual. No es fácil comprender esto. Para comprenderlo hay que haber andado un buen tramo del camino del silencio. Dicen los maestros que el amor es la esencia del ser humano

Cuando se camina más allá de las fronteras de la necesidad, se callan los deseos. Si los deseos se silencian, nada de lo que hay fuera de mí puede llevarme tras sí. Si nada me arrebatara, se borran los caminos. Cuando los caminos han desaparecido, voy únicamente donde yo mismo me propongo ir. Entonces sólo mi interés y mi decisión determinan los caminos. Yo mismo me trazo los senderos. El silencio apaga el vigor de la atracción que ejercen las personas y las cosas. El silencio muestra a las claras que todo lo que nos rodea, cuando no lo alimenta el deseo, es exangüe, vacío. Cuanto todo muestra su propia naturaleza, carente de poder, la sensualidad languidece y muere. Cuando la sensualidad muere, ¿muere el amor? A la sensualidad no hay que darle el nombre de amor, porque no se interesa más que por sí misma. La sensualidad puede despertar al amor; pero hay un gran tramo que recorrer desde la sensualidad al amor.

La distancia de ese tramo es tan larga como la que separa el deseo del silencio. La sensualidad es atracción; el amor, interés. El interés se asemeja a la sensualidad porque orienta y atrae. Pero el interés es una atracción incapaz de despertar el deseo porque es más grande que las medidas del deseo. El interés no traza, como la atracción, los caminos que hay que recorrer, sólo moviliza y motiva a quien debe construir los caminos.

El interés se asemeja a la atracción, pero se mueve en un mundo en el que el deseo no puede tener voz. Sentir atracción sin deseo es sentir un interés por personas y cosas que no nace de la necesidad. Cuando el interés no se nutre de la necesidad es verdadero amor. Verdaderamente las personas y las cosas tienen su propio poder de atracción; pero ese es su poder, un poder que no se nutre de nuestro deseo. Las personas y las cosas muestran el poder de atracción que les es propio cuando hay un grado suficiente de silencio del deseo.

Cuando el silencio permite que despunte el interés que no nace de la necesidad, entonces, todo lo que nos rodea despliega su propio poder, un poder mucho más potente y patente de lo que hubiéramos podido imaginar. Cuando cualquiera de las cosas que nos rodean puede hacernos sentir su voz, despiertan un amor que mueve montañas. Si un amor así llega a nacer, se desencadena lenta pero firmemente una transformación maravillosa: -el interés nos reclama desde todos los rincones, -y el amor se adueña de todo.

Mientras uno busca sustentar su cuerpo, sustentar el sentido de su vida y salvar su alma, construye el mundo y los dioses a su medida y a su servicio. Sólo cuando uno atina a abandonar el propio cuerpo, el sentido de su vida y la salvación de su alma, puede aprender a conocer su propia esencia. Los maestros enseñan que la esencia del hombre no es su capacidad de construirse un hogar a medida en la inmensidad del cosmos; la esencia del hombre es interesarse hasta tal punto por la maravilla que nos rodea, que se olvide de sí mismo. La afirmación de Rumí es increíblemente bella: "el amor es la esencia de vuestra alma". Cuando se medita esta sentencia, el cuerpo se fortalece y se regenera. ¿Qué puede, entonces, importar hablar del sentido? Cuando uno ha sido capaz de quedarse desnudo, a la intemperie, perdido en la inmensidad y sin posibilidad de un sentido que le salve; cuando uno se ha quedado así de vacío por interés por las cosas, descubre un tesoro escondido en el seno mismo de la carne y de la tierra.

El tesoro que descubre es el amor. Ese tesoro es tan secreto que se oculta a incrédulos y creyentes. Quien busque ese tesoro en otro lugar que no sea la carne y la tierra, se paseará eternamente sediento junto a un poderoso río de aguas puras.

Tomado de **Religión sin Religión**, PPC. Madrid, 1996